

### III.

#### LA CASA DEL TIO MONIPODIO.

##### ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Dice Cervantes en *Rinconete y Cortadillo* que la casa de Monipodio era «no muy buena sino de mala apariencia»; con un «pequeño patio ladrillado», y en el medio «un tiesto que en Sevilla llaman macetas de albahaca.» Había en el patio dos salas «pequeñas» también. El señor Monipodio tenía sus aposentos en la parte alta del edificio. Nuestro autor no designa el sitio de Sevilla en que estaba la morada del padre de la famosa cofradía de pícaros, ni el tiempo en que describe los sucesos.

En el *Coloquio de los perros*, despues de tratar de la falsa pendencia y aparentes bríos de un alguacil contra seis famosos rufianes, en la puerta de Jerez, llevándolos á cuchilladas hasta los mármoles del colegio de maese Rodrigo, refiere Cervantes que el dicho ministro de justicia entró aquella noche en una casa de Triana, que estaba en «una calle junto al molino de la pólvora, y que en el patio hubo una gran cena que concluyó casi al amanecer», siendo el dueño de esta casa uno á quien llamaban Monipodio, «encubridor de ladrones y pala de rufianes.»

Antes había contado que el alguacil había presentado los trofeos de la batalla al Asistente, que segun dice Cervantes, si mal no se acordaba, «lo era entonces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destruccion de la Saucedá.»

Por esta cita sabemos con toda certeza el tiempo en que Cervantes quiso poner los acontecimientos de sus novelas, referentes á Monipodio.

El licenciado D. Juan Sarmiento de Valladares, que vino de la Real Chancillería de Granada, era Asistente de Sevilla el año de 1589, empezando á firmar las actas capitulares en 20 de Febrero, segun consta del archivo municipal. En 1590 ya había dejado el cargo.

Como se ve, así por lo del tiesto de albahaca en el patio, como por lo de la cena toda una noche en el patio, se infiere que los sucesos descritos pasaron ó se fingieron pasar en el verano del año de 1589.

Falta averiguar la casa. El año de 1579, en lunes 18 de Mayo, á la hora de mediodía, se quemó el molino de pólvora que tenía en Triana, en el puesto de camareros ó calle de la Caba, frontero de la torre del Oro, «Remon el polvorista.» Destruyéronse unas treinta casas de una acera y otra.

La ciudad toda se estremeció, con todo de estar el río de por medio, «como yo soy buen testigo (segun dice Alonso Morgado en su *Historia de Sevilla*); que estando comiendo á mediodía en la collacion de San Bartolomé, con estar tan léjos estremeció toda la casa y me hinchó toda la mesa de tierra. No quedó casa ni templo que no estremeció; y en la Iglesia Mayor casi todas las vidrie-

ras se quebraron. La gente de Triana toda salió á la calle clamando á Dios, pensando se acababa el mundo. El daño de las casas fué muy grande. La mortandad de la gente mucha y muy lastimosa, que los cogió á todos en casa como en mediodía. Los maderos, vigas y otras cosas que voló la pólvora, mató y hirió mucha gente por las calles, aun desta banda del río y otras; viéndose abrasar, se echaban en el río donde se ahogaban. Púdose contar hasta no más de 150 personas muertas, y hubo que sacar hartos días cuerpos de debajo de las casas caídas.»

Despues de este espantoso acontecimiento, consta de unas *Memorias eclesiásticas y seculares de Sevilla* (Biblioteca Colombina, 1698 : B, 4.<sup>a</sup> 449-30), que se mudó el molino de la pólvora detras del convento de Nuestra Señora de los Remedios, en el mismo Triana, sin que se sepa el año cierto de la traslación, ni si el gran edificio del molino de la pólvora, que tanto estrago debió recibir, fué compuesto entonces ó más adelante.

La casa de Monipodio en una calle junto al molino de la pólvora, diez años despues del incendio, debió ser inmediata al edificio mismo, y no al otro de que hemos hablado en el párrafo anterior. No hay en ello duda. El nuevo molino no estaba dentro del barrio de Triana, sino «en el campo (segun Morgado, año de 1587), por bajo de la misma Triana, en la ribera del Guadalquivir.»

Por aquellos sitios no había calles; mal podia existir, pues, junto á ese molino la casa de Monipodio.

El nuevo molino tuvo igual desgracia en 14 de Noviembre de 1613, siendo menor el estrago. Trasladóse en

1667 al sitio de Cuartos, frente de la ermita de Nuestra Señora de Valme, no sin grandes pleitos entre la ciudad y Alonso Matías el polvorista, que quería ponerlo en el paraje de las Bandurrias, donde era la pesquería de los sábalos. Estando los molinos de pólvora y almacenes á cargo de D. Hipólito Osorio de *Cervantes*, el 27 de Octubre de 1667, á las cuatro de la tarde se volaron con gran daño, no obstante haber poca pólvora. Los herederos del Hipólito Osorio de *Cervantes* se fueron á vivir á Sanlúcar de Barrameda; y allí, por los años de 1697, tenían molino de pólvora.

La casa, pues, de Monipodio debió estar por la calle de la Cruz (hoy de Troya), que desemboca en la ribera frente de la Torre del Oro. Las señas de su patio que da *Cervantes* concuerdan con una casa de fines del siglo xvi, señalada con el número 4: allí está el patio pequeño ladrillado, con las dos salas pequeñas convertidas en habitaciones de una casa corral. A un lado del patio se ve un pozo que por lo moderno del brocal demuestra que no existía al construirse el edificio. Se ven los estrechos corredores del primer piso, donde debió estar el dormitorio de Monipodio.

Todavía se ve también el «patio ladrillado» que de puro limpio y aljofifado parece que vierte carmin de lo más fino. Faltan el banco de tres piés, el cántaro desbocado, el jarrillo y el tiesto de albahaca.

Sustentan las vigas de los corredores piés derechos de madera que forman así tres calles cubiertas. Y corresponde esto á lo que refiere *Cervantes* en *Rinconete y Cortadillo*; esto es, que unas catorce personas estaban juntas

en el patio (en el centro); que dos bravos se paseaban, y que Monipodio también se paseó con los dos muchachos para preguntarles sus vidas y sus hechos truhanescos.

De esta suerte puede corregirse una errata de aquella novela, donde dice, hablando de los dos valientes: «Se quitaron los capelos, y luego *volvieron á su paseo*. Por una parte del patio y por la otra se paseaba Monipodio.» Debiendo leerse: «Se quitaron los capelos, y luego *volvieron á su paseo por una parte del patio, y por la otra se paseaba Monipodio*, el cual preguntó á los nuevos el ejercicio, la patria y padres.»

El paseo de los valentones era por debajo de una parte de los corredores; así como el de Monipodio con Rinconete y Cortadillo por debajo de la otra, quedando el concurso de pícaros en medio del patio, donde no estorbaban á los paseantes, ni los paseantes se estorbaban tampoco los unos á los otros.

Al publicar estas noticias, me ha parecido que no desagradaría una recopilación de otros hechos de discípulos y protegidos de Monipodio; con más una noticia de su verosímil ó debida muerte, según tradiciones sevillanas que corren entre gente de ninguna ciencia y conciencia; pero que será grata á muchos, porque en fin algo se aprende.

*Sevilla, 20 de Noviembre de 1873.*

En el patio de una casa, al extremo del barrio de Triana en Sevilla, y en una calle que desemboca frente de las torres del Oro y de la Plata, juntáronse en una oscura y fría noche de Noviembre, algunos hombres encapados, otros andrajosos, muchachos de hasta trece ó catorce años, dos viejas haldudas, tres mendigos lisiados, dos ciegos vistosos y cuatro damas de desenfadada vida. La ausencia de cierta persona afligia á unos; la tardanza en volver exasperaba á otros.

¡Día infelicísimo ha sido el de hoy! ¡Válgame San Serapio! que así nos ha regalado sin tener en memoria que hoy padeció el glorioso martirio que me hace temblar toda, dijo una de las viejas. A las dos de la tarde se ha quemado el molino de la pólvora que está en ese campo frontero tras del convento de Nuestra Señora, en la ribera del río.

Un valentón, que era uno de los embozados y se hacía llamar Rebolledo, si bien otros le apellidaban *Piés de liebre* por lo que se sabían, respondió: ¡Cállese, madre! Vuesa merced no nos venga con sus jeremiadas; harto espanto hemos tenido con la voladura del molino, de los trabajadores y de los mulos y las mulas, sin el destrozo

de casas, la iglesia y el convento de Nuestra Señora de los Remedios, los cuartos de los reales alcázares, algunas vidrieras de la santa Iglesia Catedral, y todas las de Sevilla, que no ha quedado cristal sano, ni casa ni corazón sin estremecerse.

— Por Nuestra Señora de la Iniesta, á quien rezo todas las mañanas siete salves, en memoria de los siete dolores, en San Julian (replicó la vieja), callaré si place á vuestra merced y á estos señores y señoras, que no quiero contristar á ninguno; pero déjenme encomendar á Dios al dueño del molino de la pólvora, Damian Perez Galindo, si es que en la voladura ha salido tambien por esos aires.

— Rece vuesa merced cuanto le plazca (prosiguió el bravonel), que yo á mi señora Casilda, á quien reverencio, no he de impedir que haga las obras de misericordia de que todos estamos necesitados, y basta.

— Agradezco (dijo la vieja) su buen deseo; y valiéndome de su favor continuaré en mis devociones por su mucha bondad, y no por la de su persona, que nada merece, ni por la de mi estado honesto que indignamente gozo.

Mientras en esto hablaban, los demás embozados discurrían con las damas, y todo era entretenerse en conversaciones en que habia nada de Dios y muchísimo del mundo; y aunque las luces que daban claridad al patio, procedían de dos grandes candiles, con lo que queda dicho que no bastaban para verse bien los semblantes, todavía las señoras que habían sabido ponerse muy cerca de aquellos, mostraban quebrados colores y ojos enrojecidos; y aun destocadas y descompuestas se llevaban

los ojos de cuantos las miraban, y para sí decían: «si cobrasen su color antiguo y su hermosura, ¿qué no serían estas prendas?»

Rezaban los ciegos á media voz unos con otros, ó al menos tal parecía, si es que no se contaban algunas hazañas propias para divertir el tiempo; los mendigos suspiraban á ratos para no perder la costumbre de quejarse; los muchachos jugaban con huesos y arrugados naipes; y los andrajosos se habian sentado con silencio en el santo suelo, y lejos entre sí como si no quisieran que se les pegase la miseria de los compañeros.

Estando en esto, hé aquí que entra un hombre como hasta de cincuenta años, nada limpiamente vestido, color moreno, desgreñado y no sé qué más. Preguntó con destempladas voces que dónde estaba el tío Monipodio, para un asunto de importancia suma y que no podía sufrir dilaciones.

Há dos horas muy cumplidas que no hacemos otra cosa que estar esperando al tío Monipodio, dijo Piés de liebre, que segun tarda no parece sino que ha caido en las garras de Lucifer.

De quien Dios nos libre, exclamó la señora Casilda santiguándose; mas como viese que ninguno le respondió, añadió Amén. Bostezó entonces como bostezó antes y despues hasta muchas veces, no sin que en todas se apresurase á hacer sobre la boca la señal de la cruz.

Uno de aquellos pícaros, al ver esta repetidísima ceremonia le preguntó: ¿Esa diligencia es para que el diablo no entre ó para que no salga, porque de todo puede haber?

Miróle la vieja con ojos de gran ira, é iba á responderle cuando *Comeperros*, que así tenia por mal nombre el descompuesto que acababa de entrar, pronunció: ¡Grande es mi desgracia! el alguacil de vagamundos anda detrás de mí, y ha estado á punto de cogermelo junto á Santa Marina; mas una pendencia de cachetes, levantada por cuatro amigos á quienes guiñé, le hicieron que enmedio del gran tumulto y vocerío donde todos gritaban sin saberse por qué, me perdiese de vista en la tarde de hoy. Y como necesito de mi valedor el tío Monipodio, para que cese la persecucion, he venido aquí en su demanda.

Y ¿qué ha ocurrido á voacé para que venga de tan mala guisa? dijo el Tuerto, que era uno de los galanes encapados. Hable por su vida, que podrá bien ser que algun consejo ó auxilio improvisado se le diera.

Señor, replicó *Comeperros*, el suceso es como sigue: Cierta señorón que vive allá por cal de Abades, anda medio tísico, y ha querido comprar una mula de regalo para pasear á tranquilo paso por el campo. Yo, que sabia que buscaba y buscaba y que no podia dar con lo que era su más vehemente deseo, logré encontrar una mula hermosísima y con ella me fuí al mesón de la Alfalfa. Ayer pasé montado en mi mula dos ó tres veces por cal de Abades, hasta que mi caballero me vió, en cuyo punto ordenó á un lacayo que llamase á este prójimo á la puerta de su casa. Fuí á ella; y sin apear me ponderé las muy buenas condiciones de la mula, su natural pacífico, su mucho andar y su movimiento suave; en fin todo lo necesario para encenderle más y más la afición. La paseé por la calle varias veces, pedí al señor cuatro mil reales por

ella, precio que se tuvo por excesivo; pero á Dios gracias le sobra renta para ese capricho y otros más. Roguéle que por estar yo muy cansado y un tanto lejos del mesón, se me permitiese volver á él caballero en la mula. Me fuí Dios y enhorabuena, y tras mí el lacayo con el dinero para entregármelo y llevarse del diestro la cabalgadura. Quedó acomodada en la casa con abundante y regalado pienso, á fin de que hoy sirviese. Hablando nuestro rico, segun me han contado, con su familia y algunos amigos, porfiadísimamente le aconsejaron todos que antes de montar la mula, su criado pasease una hora ó dos en ella para certificarse de sus cualidades excelentes; no hiciera el diablo que tuviese algunas muy malas y las ejercitase en una persona de complexión débil y trabajada, cual es este hombre. Montó en la mula hoy por la mañana temprano, y recorrió la ciudad y afueras de Sevilla todo el tiempo que le plació, en tanto que el señorón esperaba en sus balcones la vuelta. Vió venir al criado y le preguntó qué tal le habia ido: éste respondió que la mula merece ser prenda del señor Arzobispo. Alegróse con la nueva el poseedor feliz de aquella alhaja, y dijo al lacayo que se apease, y aunque éste intentó hacerlo, salióle vana la empresa. La mula comenzó á dar brincos y coques, y mientras más apretaba el mozo en lo de bajarse, más furia oponia el animal, hasta morder á los que intentaban sujetarle la cabeza para sacar del conflicto al pobre del criado.

Vista la no posibilidad del apeamiento, se determinó que este mozo tornase al mesón para preguntarme el modo de salir de aquel peligro ó si quier pesadilla. Cor-

rió sin dificultad á la plaza de la Alfalfa, y preguntó por mí al socarronazo del mesonero; el cual con ojos muy alegres y burlona sonrisa le dijo: — ¡Qué! ¿quiere voacé bajarse de la mula sin más ni más? Eso no puede ser. El dueño de ella no bien cobró de sus manos el dinero, pagóme lo que debia, eso sí, porque es hombre puntual y religioso, y voló, él sabrá dónde. Lo que yo sé es que jamás logró apearse de esa mula. — Pues hombre, dígame vuesa merced, por los clavos de Cristo, cómo se desmontaba; porque no sería cuando al animal viniese en deseo revolcarse, replicó el criado. Nuestro mesonero le respondió: Nada de eso. Entre voacé en el patio segundo: en él hay atravesada una viga á la altura de los brazos de voacé si los levanta. Al pasar por bajo de ella, agárrese voacé con todas sus fuerzas: quedará desprendido de la mula: ella seguirá adelante, voacé se dejará caer al suelo y el negocio está felizmente concluido. No vaciló el criado ante el consejo, y todo le salió á maravilla. Cogió del diestro á la mula y volvió con ella á su casa, contando á su señor aquella tan peregrina historia. Grande debió ser el espanto de éste al saber que para apearse de una mula de regalo, él, tan delicado y enfermizo, tenía que hacer aquellos esfuerzós y dar tales saltos. Y no paró en esto el asunto; pues por mal de mis pecados, fué á almorzar con él un capitán de caballos sobrino suyo; el cual, sabiendo el suceso, y preguntando por las señas de la persona del vendedor de la mula, vino á tropezar en que debió ser la mismísima que tres días atrás le habia enajenado un bellissimo alazán. Al lavarlo al siguiente de la compra el mozo, se le agachó al

sentir el agua la oreja izquierda, quedando cual si fuera de burro. Por más que hacia para enderezar la oreja el criado, la oreja abajo que abajo, mientras la otra estaba erguida que erguida. Se sacó en consecuencia que el animal padecía de esa enfermedad, y que yo habia encolado la oreja para que permaneciese derecha. Tío y sobrino, encolerizados de la burla, juraron que habian de no parar hasta que me condenasen á doscientos y galeras, y quejéronse al Asistente, mi señor, y á no sé quiénes más, diciendo que no habia justicia en Sevilla. Y para probar que la hay corren como sabuesos tras mi persona por tan leve causa.

— Poca cosa es ello para tal espanto, Seor Comeperros, dijo Piés de liebre retorciéndose el bigote. Tenga calma; que el tío Monipodio sabrá serenar esa tempestad, como ha serenado otras mayores; y ahora, por mi vida, diga voacé de dónde le vino el nombre de Comeperros.

— Con mucho gusto lo haré por obedecer á vuesa merced, si bien no lo estoy por cosa alguna en tanto que no vea alguna seguridad para mi persona. Un doctor que vive en la calle de Quebrantahuesos ha dado en la tema de embalsamar animales. No puedo decir qué le aconteció con un perro de aguas blanco; sólo por mi desventura no he olvidado que tuvo precisión de ponerle una pata que le faltaba. Me ofreció que si en algun muladar á la orilla del rio hallase muerto un perro igual, y le trajese una pata, me regalaría con algo que me placiese. Hícelo allí: encontré un perro y le corté una pata. Viéronme unos muchachos y siguiéronme, y al entrar por la puerta de San Eugenio ó de San Juan, empezaron á gritar:

*A ese, á ese, al que se come los perros.* Corri y ellos más: zagalones y perros y otros muchachos aumentaron el número de mis perseguidores de lejos, pues trabajosamente podían darme alcance. Llegué casi sin aliento á casa de mi Doctor: me sosegó cuanto pudo, me agasajó, dióme algun dinero, más de lo que pensaba, en razon del peligro que habia pasado de morir como San Esteban. Mas ¡oh dolor! al examinar la pata del perro, exclamó: ¡Tiempo y dinero perdido: os habeis equivocado, amigo; lo que os pedí fué la pata izquierda, y me habeis traído la derecha! ¿Por qué no os volveis al muladar por la pata que necesito? Le ofrecí tornar á la tarde; y hasta hoy. Los muchachos no me olvidaron; y desde entonces, por donde quiera que voy, me llaman *Comeperros*, imaginando que me sirven de alimento los perros muertos. Tal es mi desventura, no oída ni de hombre imaginada.

No fueron suyos los muchachos al oír esto; porque dejando el juego de naipes se acercaron al corro donde *Comeperros* se hallaba y empezaron á preguntarle el cómo, y el cuándo, y el por qué y el no por qué del suceso. *Comeperros*, que los vió venir, les dijo: En vez de pedir razon de lo que no os importa, pudiérades mejor darla de lo que os ha acontecido hoy en la Iglesia mayor, donde los palos, puntapiés y mogicones que han llovido sobre vosotros aún me suenan en los oídos.

—¿Qué es ello? exclamó doña Casilda, ¿qué han hecho allá los bellacuelos?

—Una nonada, replicó *Comeperros*. Con motivo de haberse provisto algunas canonjías, son frecuentes las ceremonias de dar posesion á los nombrados. Ha sucedi-

do en las últimas, que estos ángeles han inventado la manera de quedarse seguramente con todo ó lo más del dinero que los nuevos canónigos arrojan al pueblo en el trascoro delante del altar de Nuestra Señora de los Remedios, tan luego como han recibido la posesion de su silla. Ármanse de medios ladrillos en ambas manos; y cuando otros chiquillos y zagalones y aún hombres barbados se abalanzan al suelo á coger los ducados, si logran agarrar algunos estos hijos de mi alma, dejan caer sus manos á toda su fuerza sobre las de los otros inocentes, y en aquella confusion y en tamaño tropel se las destrazan de un solo golpe. Gritan y lamentanse los maltratados, con la vehemencia del dolor, abren la mano magullada y la juntan con la sana: queda libre el ducado, para que se apodere á mansalva uno de estos infelices ó sus compañeros. Los tristes se van con las manos hinchadas á sus casas y sin dineros, teniendo que curárselas por más de quince ó veinte días. Como vuesaercedes conocerán la bellaquería no puede ser más ingeniosa ni más en su punto. Pero tanto va el cántaro á la fuente hasta que se rompe. Advertidos de estas fechorías el Caniculario y los peones, esta mañana, no bien se lanzaron estos niños armados de medios ladrillos, como lo han de uso y costumbre, á destrozar manos y coger dinero, sintieron en sus costillas, espinazo y arrabales una solfa de canto llano que los hicieron huir como perros ante el látigo del severo ministro.

—Bien merecido, bien merecido, dijo doña Casilda, por no haber respetado estos niños la santidad del lugar.

—Con esas nos viene ahora, madre, replicó un mo-